ANTONIO MACHADO EN BAEZA

Antonio Machado fue al instituto de Baeza el año 1912, aún no cicatrizada la herida moral que produjera en su sensibilidad la dramática muerte de su joven esposa Leonor, de la que el poeta estaba fatalmente enamorado. Sólo hacía unos meses que los dos celebraran la aparición del libro *Campos de Castilla,* que consagraba definitivamente al poeta. Allá estaban en las tierras de Soria, cuando recibieron las criticas de Unamuno, de Ortega, de Azorín. Tan preocupada estaba la madre por la soledad de Antonio (al que siempre consideró el niño que era) que la dama dejó su casa de Madrid y se fue con él a Baeza.

La romana Baeza, vieja ciudad de la provincia de Jaén, rodeada de olivares y con edificios nobles del Renacimiento, fue para Antonio un remanso de tranquilidad. Era también el contraste del suave paisaje andaluz, con la áspera y seca Castilla la Vieja, con la «Soria pura».

Nos dice el biógrafo de los Machado, Pérez Ferrero, que en Baeza «habitaba Antonio una casa de la calle de la Cárcel, cuyas ventanas daban al Ayuntamiento. Un hermoso edificio del siglo XVI». También nos habla de la tertulia a que acude Antonio en la rebotica de Almazán, instalada en la céntrica calle de San Francisco. Una calle que era la Gran Vía de Baeza. Por San Francisco paseaban los personajes de la villa, las mozas casaderas y los negociantes que venían a Baeza, cabeza de Partido, para hacer sus negocios. La rebotica de Almazán es un buen observatorio de la vida de Baeza, tanto por lo que desde ella se ve, como por lo que allí se comenta, que es todo cuanto ocurre y algo más.

Antonio Machado forma tertulia con los amigos del farmacéutico y con su personal amigo el abogado de secano don Cristóbal Torres. A veces, los dos

abandonan la tertulia y se van a caminar por los olivares, para seguir una interminable conversación sobre lo divino y lo humano. Por su parte, Antonio lee mucho y se prepara en Baeza para alcanzar en Madrid una licenciatura en Filosofia, que le aprobó el joven profesor Ortega y Gasset.

Algunos días, Antonio sale solo de las murallas decrépitas y opresoras de la villa jaense. Se va por el olivar hasta un banco rústico donde se sienta a leer, pensar y escribir alguna nueva composición. Desde allí vuelve a decirnos su biógrafo: «abarca con la mirada la sierra de Baeza, la de Mágina, los montes de Jaén y la Sierra de Cazorla», donde él sabe que nace el Guadalquivir. Un día escribirá de aquella tierra:

Campo, campo, campo.
Entre los olivos
los cortijos blancos.

Y la encina negra,
a medio camino
de Úbeda a Baeza.

Hasta el retiro de Baeza llega un día el grupo de mozos estudiantes, acompañados de su profesor Sr. Berrueta, que pretenden saludar al poeta Antonio Machado. El profesor presenta especialmente a un joven de piel aceitunada, cabellera frondosa y ojos alucinados. Pérez Ferrero describe así la presentación: «Este señorito se llama Federico García Lorca. Es hijo de don Federico, el de Granada, y tiene muy buena disposición para la música, Falla lo quiere mucho». Para otras cosas demostraría pronto su buena disposición el joven granadino.

Ahora, en este mes de febrero (27 aniversario de la muerte de Antonio Machado en Collioure, Francia) cuando huía con su madre de los últimos horrores de la guerra civil, un grupo de poetas, artistas e intelectuales españoles, de toda España, se propusieron celebrar un modesto pero sentido homenaje a la memoria de Antonio Machado, en el olivar de Baeza.

El proyecto consistía en instalar allí entre los olivos y sobre un modesto pedestal, un busto del poeta, esculpido por el gran escultor aragonés, de fama internacional, Pablo Serrano. Después y en pleno campo, se leerían poemas alu-

sivos y algunas composiciones del propio poeta. Pero cuando los autobuses que de Madrid, Barcelona y otras provincias, se dirigían a Baeza, con los fervorosos admiradores de Antonio Machado, fuerzas de la guardia civil, con órdenes tajantes, habían ocupado las carreteras de acceso a la villa y obligaban a volverse a los vehículos. Alguien había confundido la poesía con las intenciones políticas que no habían tenido los organizadores.

Las gentes se bajaban de los autobuses y emprendían el viaje a pie hacia Baeza, lo que daba una cierta fuerza patética a la manifestación. Los que tenían coches particulares se dedicaban a dar viajes a Baeza llevando a cuantos podían. Así se reunieron en la pequeña villa de Jaén más de dos mil personas, entre las que había periodistas y fotógrafos españoles y extranjeros. Todos estaban dispuestos a tomar parte en la sencilla ceremonia de colocar el busto de Antonio Machado en el olivar. Pero esto tampoco fue permitido por las autoridades de Baeza. La fuerza pública recibió orden de disolver aquella multitud y no permitir ninguna clase de ceremonia. No fue posible, ya que se impidió por la fuerza el acceso de la gente hacia el olivar, de los paseos de Machado. Después de algunos choques y de repartir la fuerza bastantes porrazos, los organizadores desistieron de celebrar el aniversario. El busto de Antonio Machado fue traído de nuevo a Madrid por su autor que se propone llevarlo al cementerio francés de Collioure, donde descansan los restos de Machado hasta que sea posible –dice su autor– que Antonio Machado, ibérico símbolo, pueda volver a España, a su España, convertido en polvo, «pero polvo enamorado» de su Castilla.

JUAN ANTONIO CABEZAS

(*Lectura,* CLX, 1966)